

EL ENIGMA

“Nada nos engaña tanto como nuestro propio juicio.” Leonardo da Vinci

“Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.” Albert Einstein

1- Aquellos ojos.

Aquellos ojos le habían acompañado a lo largo de buena parte de su vida. Pensar eso era quedarse corto, se rectificó a sí mismo a las cuatro de la madrugada cuando los efectos de la anestesia parecían haber desaparecido. A medida que el tiempo iba transcurriendo se habían ido convirtiendo en un enigma que su mente era incapaz de descifrar. No tenía que esforzarse para retener su forma, su color, su brillo..., sin embargo, aunque al principio se mostraban sumisos, después fueron adquiriendo un fondo de amor propio y orgullo, más adelante creyó apreciar dureza y cierto rencor en ellos. Desde luego, en ningún momento llegaron a presentar matiz alguno de súplica.

Tan solo hacía unas horas los había vuelto a contemplar durante unos segundos, justo antes de entrar en el quirófano y quedar profundamente dormido. Ahora, en la vigilia, se sentía satisfecho por haber podido admirarlos una vez más.

2- La obsesión.

A lo largo de los años pude contemplar que la mayor parte de los niños llegaban al colegio en coche. Los niños de familias emigrantes lo hacían andando: algunos solos, otros acompañados por algún familiar. Él llegaba cogido de la mano de la madre junto a sus hermanos mayores. Su mirada era algo apagada pero al mismo tiempo risueña. La mujer dejaba a los niños en la puerta y salía a buen ritmo en una dirección determinada, probablemente, como después supe, a limpiar escaleras y portales del municipio. Durante ese lapso de tiempo, venía a mi mente la idea de que el devenir de cada persona venía muy determinado por su origen social. Después me retiraba de la ventana y volvía a mi trabajo como si nada hubiera pasado.

Solía cenar los sábados en una cafetería y en alguna ocasión él acertó a pasar cerca de mi mesa y sin dejar de caminar posaba su mirada en mi cara y en el plato y mirando hacia atrás seguía contemplando la comida hasta que una voz le instaba a darse prisa. Esos ojos tan singulares, de nuevo me conmovían, me llegaban al alma. Cada vez que esto ocurría, pensaba que le podía haber invitado a comer conmigo, pero claro, eso no podía ser, era imposible, suponía transgredir las normas de urbanidad consideradas

aceptables, además la familia y él mismo podrían considerarse ofendidos por una actitud tan desmedida.

Pasaron los años, volví a verlo cuando se encaminaba hacia el instituto, en esta ocasión iba solo. Me extraño su soledad. Así que volví a observarlo durante dos días: el primer día seguía sin compañía y el segundo iba junto a otros dos chicos, como él de cabello negro, delgados y de piel oscura, parecían ser los tres de la misma cultura. Eran púberes cuyos rasgos de la cara todavía no estaban bien definidos, se encontrarían cursando segundo o tercer curso de secundaria. Me llamó la atención que los tres días iba vestido igual. Era ropa limpia, en buen estado, en la que no se vislumbraban símbolos de grandes marcas comerciales.

La siguiente vez que lo encontré era verano, estaba trabajando de camarero en una cervecería que destacaba por la variedad de sus tapas durante el día y por ser un establecimiento de copas muy concurrido a partir de las doce de la noche. Me dio la impresión de que su mirada denotaba algo de resentimiento y animadversión. Pregunté a otra compañera por el chico. Me dijo que desde hacía casi un año trabajaba allí los fines de semana y que, según le había comentado, lo necesitaba para ayudar a su madre a pagar los gastos universitarios porque, aunque disponía de una beca, esta no era suficiente. Cuando volví el viernes posterior ya no estaba. Le pregunté a Lucía, así se llamaba la compañera, por su ausencia. Esta, a la vez que me servía, me dijo que era una pena porque se trataba de un colega legal y muy trabajador. Hizo el comentario con los ojos perdidos en el horizonte, como si lo echara mucho de menos. A la madre le había salido un trabajo aceptable en la capital, donde vivía su hermana y su cuñado, y toda la familia se había trasladado allí. A partir de entonces, una noche de cada fin de semana, preferiblemente los viernes que había una menor concurrencia, me acodaba en la barra, esperaba allí, haciéndome el distraído con un periódico en las manos, hasta que mi informante andaba cerca y podía servirme. Solía pedir un whisky y le dejaba una propina sustanciosa pero no excesiva. Así fue como continuamos entablando pequeñas conversaciones. Quería conocer todos los detalles posibles acerca del muchacho.

_ Hemos estudiado juntos en el mismo colegio y en el mismo instituto. La madre es la que sostiene la economía de la casa. Tanto él como sus hermanos sufrieron durante unos años cierto rechazo, digamos que no eran bien acogidos por una parte de los compañeros y otra buena parte no hacía nada por evitarlo. Ya sabe, indiferencia absoluta porque igual el próximo soy yo. En aquella época no soplaban buenos vientos para ellos.

No dije nada al respecto, simplemente escuché atentamente. Pensé que estas personas, cuando vienen a un país que desconocen, lo hacen por estricta necesidad. Ellos, al menos los adultos, son conscientes del desarraigo económico y social en el que se van a ver envueltos. Como cualquier persona, tienen derecho a buscar una vida mejor. Todas las personas queremos un futuro digno para nosotros mismos y para nuestra prole. No debe ser fácil dejar tu tierra, tu país y embarcarte en una aventura cuyo final desconoces. Pero los pequeños, cuando tienen que abandonar su medio social en el que han nacido y empezado a crecer, se convierten en seres muy vulnerables. Da pena saber que puedan ser repudiados por otros niños como ellos. Me pongo en su lugar y creo que yo no podría abordar esa situación. Sinceramente que me costaría mucho superarla.

En otro momento, Lucía expresó que el muchacho había alcanzado en la selectividad una nota que le había permitido estudiar medicina, su deseo de toda la vida. Le pregunté por qué.

— Su padre murió de forma repentina cuando Ibrahim tenía cinco años. Y a partir de entonces se propuso ser médico. Y sigue con su sueño, ahora está bastante cerca de lograrlo. Seguro que lo consigue, no me cabe la menor duda. Conociéndolo, creo que llegará muy lejos dentro de la medicina. De todas formas, ya veremos, el tiempo lo dirá.

— No sabía su nombre. Gracias por ello, Lucía.

Permanecí callado. Se trataba de un chico trabajador, inteligente y con la cabeza en su sitio.

— Y usted, Francisco, ¿por qué está tan interesado en Ibrahim? -me soltó de repente la chica.

Me cogió por sorpresa. No supe qué contestar. Tuve que pensar.

— Sé de su existencia desde que iba a la escuela de infantil. Tenía unos ojos muy risueños, parecía un niño alegre, le daba la mano a su madre y no paraba de saltar y de moverse de un lado a otro.

3- La sonrisa de Francisco.

— ¿Qué tal ha pasado la noche? ¿Ha sentido alguna molestia?

— Me he despertado varias veces, pero me encuentro bien.

— Le hemos puesto calmantes en el gotero y eso le habrá ayudado a descansar.

Francisco, tras observar detenidamente al doctor, se mostró sorprendido.

— Usted no es el cirujano que me operó ayer.

— No, soy su ayudante. También estuve presente. Todo salió tal como estaba previsto.

— ¿Quién fue el cirujano que llevó a cabo la intervención?

— El doctor Ibrahim Saíd.

— ¿Por qué no ha venido a visitarme él?

— Probablemente, a esta hora, ya habrá llegado a la tierra de sus padres, su país natal. Allí pasará sus vacaciones realizando intervenciones quirúrgicas y colaborando en mejorar la formación de los sanitarios. Lo hace todos los años de forma altruista y desinteresada.

En ese momento, Francisco esbozó una ligera sonrisa. Por fin, el enigma estaba aclarado. Aquellos ojos eran nobles y sinceros, querían transformar el mundo para hacerlo menos violento y más empático, donde vivir fuera un regalo y no un castigo.

“Relatos sin sordina”